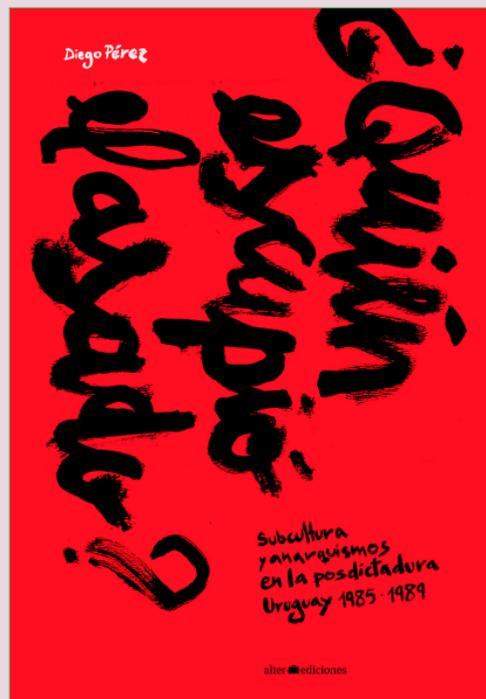


¿Quién escupió el asado?
 Subcultura y anarquismo en la
 posdictadura. Uruguay 1985-
 1989

Inés Gervaz



Los jóvenes de hoy en día, sin importar de qué día se trate, han estado invariablemente bajo una mirada que vigila y juzga. Treinta y cinco años atrás, mientras el país reemergía a la democracia luego de la dictadura cívico-militar, las lógicas de vigilancia y represión aún estaban sumamente concentradas y fueron a recaer, una vez más, sobre los jóvenes. Sin embargo, estos no se quedaron callados y se rebuscaron para encontrar o crear espacios propios desde los que responder. En este marco recitaba Héctor Bardanca, en 1988, «Vivo en un país de viejos. / Donde los viejos no respetan a los jóvenes» (p. 78), en su performance del segundo Cabaret Voltaire a la uruguaya.

Diego Pérez, docente de historia en Secundaria, se estrena como escritor publicado con *¿Quién escupió el asado? Subcultura y anarquismo en la posdictadura. Uruguay 1985-1989*. Ofrece aquí una exhaustiva y atractiva investigación que recorre el invisibilizado tránsito de una juventud excluida (y voluntariamente apartada) de los ámbitos tradicionales de expresión política y artística, en su búsqueda de espacios propios durante el primer quinquenio posdictatorial.

Bajo el entendido de que la historia oficial del país se ha escrito desde las lógicas partidarias, Pérez busca reivindicar a un grupo que fue tachado de apolítico por apartidario y de vacío de contenido por manejar ideas distintas a las que había impuesto la cultura canónica. En este sentido, el autor enmarca su análisis dentro de una perspectiva revisionista que cuestiona las teorizaciones previas en torno a esta generación. Ni dionisiaca, ni nihilista, ni posmoderna, la generación del ochenta y cinco no se agotó en el grito por el grito mismo, ni fue una estéril entrega a la autodestrucción. *¿Quién escupió el asado?* trae a la superficie el potencial creador y de resistencia de estos jóvenes que, desencantados de la militancia partidaria, optaron por formas de acción y manifestación directas autogestionadas, bullendo en medio de un contexto que los desestimó intelectual y artísticamente, que los despreció moralmente y que los persiguió con un discurso criminalizante. Desoídos por la cultura establecida, estos muchachos serán gestores de una subcultura efervescente donde «la estética y la actitud fueron vehículos de un mensaje político transgresor en un marco de recuperación de libertades» (p. 36). Punk, anarquismo, protesta, multidisciplinariedad artística y festivales under, estas son algunas de las claves del retrato generacional que traza el autor.

A nivel de estudio de contexto, la investigación también hace foco sobre los otros actores sociales que convergen en escena: el sector oficialista vinculado a la derecha, la contracultura de izquierda y el sector anarquista, contra quienes chocó la «generación ausente y solitaria» (p. 28) al verse carente de representatividad. La derecha se presenta vinculada a la «atmósfera psicosocial atravesada por la conjunción miedo-pacto-impunidad» (p. 45) que continuó instalada a nivel estatal, resaltando las medidas, instituciones y mentalidades que prolongaron las lógicas represivas de la dictadura en tiempos de democracia. Por esta vía, uno de los nodos del

planteo de Pérez es el cuestionamiento de lo que entiende que fue una visión difundida desde la partidocracia, que instituyó 1985 como un nuevo comienzo, purgado y fresco.

El ala opositora tampoco sale bien parada, destacándose la incapacidad que mostraron para hacer lugar a la nueva generación que llegaba con otras propuestas estéticas (como el rock o el punk, prontamente tachadas de alienantes e imperialistas) y otras temáticas (la sexualidad, el feminismo, las drogas, entre otros). Ni siquiera las organizaciones tradicionales del anarquismo se salvan de la crítica por anquilosamiento.

Presentado este panorama general, el desarrollo del libro es guiado por tres pilares interrelacionados: las expresiones artísticas, el anarquismo y la represión. A partir de ellos analiza las diversas instancias y estrategias de protesta y autoexpresión con que la juventud uruguaya de los ochenta respondió con rabia y empuje a la desesperanza y la hostilidad general.

En relación a las creaciones artísticas que se gestaron desde la rebeldía de esta subcultura juvenil, el estudio articula entre la caracterización y evolución de las distintas disciplinas y la presentación de ciertos eventos emblemáticos. En todos ellos se destaca el carácter apartidista, autogestionado, cooperativo, antijerárquico y con voluntad de incidencia directa, elementos que Pérez vincula al anarquismo. «Gritar era la consigna. Escupirle el asado a la *democracia del veto y del garrote*, desde lo instintivo, lo visceral, de manera salvaje, caótica, como salga, sin modismo, para dejar de contener y de reprimir» (p. 100).

Las experiencias abordadas son variadas. Se desarrolla la progresión del rock, partiendo de las banditas incipientes, pasando por el éxito comercial, hasta el retorno a la escena under para recuperar su fuerza contestataria; la experiencia de la Cooperativa del Molino, que priorizó la «punkitud» por sobre el virtuosismo; las dos exposiciones del festival bautizado Cabaret Voltaire y su raíz dadá; y el fenómeno de las revistas subte, punto de unión con la primera entrega de la generación (también conocida como generación del ochenta y tres) y su posterior disolución a medida que los actores ganaron acceso al periodismo comercial. Los festivales «Arte en la Lona» y «Libertad, la otra historia» también son atentamente estudiados. El primero se trabaja como la cúspide artística de este grito, en un intento por reunir diversas disciplinas (danza, teatro, música, plástica, literatura, performance, fanzine). El segundo, en cambio, se enfoca como cierre del período.

Pérez no deja de lado en ningún momento el contexto histórico en que se desarrollan estas expresiones, estudiando la represión y violencia estatal como común denominador en la inspiración de las acciones de esta generación. Las razzias, especialmente, serán las oscuras estrellas de estos años. Vinculado a esto, sobresale el desarrollo del debate público que supuso una representación de la obra *Razziaol-X*, cuando los jóvenes espectadores confundieron la ficción con una verdadera razzia policial. Otro punto a destacar será el caso paradigmático de Esteban de Armas, vocalista de la banda Clandestino, que fue procesado con tres meses de prisión por haber insultado a los parlamentarios en una de sus presentaciones, y la controversia que producirá a la interna.

El resultado final es un estudio extremadamente serio, sustentado en un exhaustivo trabajo previo de investigación. Reflejo de esto es la sólida y constante incorporación de las palabras de los propios involucrados, ya sea de lo que produjeron en esa época (las revistas subte, particularmente, ofrecen una fuente inagotable) o de lo que concluyeron en retrospectiva desde trabajos propios o en entrevistas con el autor. Este es, sin duda, uno de los muchos puntos fuertes del texto, en la medida en que logra reconstruir el sentir que impregnó este período. Asimismo, es digna de reconocimiento la serie de variadas fotografías que acompañan el texto, ilustrando el interminable desfile de artistas, eventos o afiches que se dan cita en torno a la subescena ochentera. En definitiva, *¿Quién escupió el asado?* ofrece un interesante y entretenido aporte a la revisión de nuestro pasado reciente, reivindicando a un colectivo que fue desprestigiado en su momento y en el posterior análisis histórico.

El resultado es un libro sumamente ameno y de firme rigor académico, degustable y valorable desde distintos enfoques. Dentro de ellos, pueden destacarse dos de las cuestiones que sostienen la relevancia de este libro. Por un lado, se trata de un innovador aporte al estudio de una subjetividad juvenil que se expresó a través del arte y que representa la raíz y los primeros pasos de quienes hoy constituyen la escena artística contemporánea en Uruguay.

Por otra parte, merece resaltar el lente revisionista y reivindicativo con que se enfoca a la juventud. Esta actitud continúa la línea del trabajo previo de Pérez, quien en 2018 dirigió un proyecto de aula en el liceo 50 de Casabó desde el que, entre otras cosas, invitaba a los estudiantes a resignificar y desestigmatizar el barrio que habitaban a través de la fotografía. Como se ve, este tipo de perspectiva problematizadora siempre será pertinente. Estuvo en la raíz de la consigna «Ser joven no es delito», con que se respondió a la campaña de recolección de firmas para la baja de imputabilidad penal de 2011. Está también en la actitud de la genera-

ción estudiada que armó un escándalo al cuestionar un imaginario que les resultó sofocante y respondió a la presospecha con el grito de «Juventud, divino tesoro». Escuchémoslos.

Diego Pérez. *¿Quién escupió el asado? Subcultura y anarquismo en la posdictadura. Uruguay 1985-1989.* (2020). Montevideo: Alter. 240 páginas.